

PEDRO IBARRA

El nacionalismo, una perspectiva crítica

La nación no es algo que exista por sí mismo, es una construcción subjetiva producto del nacionalismo, es decir, de la voluntad nacional o nacionalista de decidir y querer ser una nación. En el nacionalismo aparece la violencia por las mismas razones por las que lo hace en cualquier otra ideología: cuando se sacralizan y mitifican los rasgos diferenciadores de la comunidad nacional. Pero no existe nada consustancial a la ideología nacionalista que lleve inevitablemente a ejercer la violencia. El nacionalismo tiene futuro porque hace una oferta de reconocimiento y fraternidad que por el momento ha demostrado tener más calado que otras propuestas comunitarias basadas en otro tipo de solidaridades.

Pedro Ibarra es profesor de Ciencias Políticas en la Universidad del País Vasco.

Las notas que siguen son unas desapasionadas reflexiones sobre el nacionalismo. Tal frialdad no es casual. Pretendemos observar con cierta distancia un fenómeno que siempre se nos presenta como apasionado. Un fenómeno que, sin embargo, al igual que cualquier otra creencia colectiva, no es por esencia un fenómeno irracional, y, en consecuencia, definido por ser estricta pasión incontrolada (e incontrolable). El nacionalismo tiene su propia racionalidad, pretende satisfacer intereses y anhelos colectivos sociales y políticos mensurables, respetables y coherentes. Conviene, por tanto, de vez en cuando, acercarse al fenómeno nacional desde este ángulo analítico. Y así construir una visión más desdramatizada del mismo. Presentamos estas reflexiones a través de siete tesis o propuestas, con un punto de partida que en cierto modo cubre todas las afirmaciones posteriores.¹

¹ No he puesto ejemplos para probar mis afirmaciones. Pienso que de esta manera el lector es más libre de elegir aquellos supuestos que mejor encajen o se contradigan con mis propuestas. Así puede construirse mejor su propio modelo sobre el nacionalismo y no quedarse enganchado y molesto con el concreto ejemplo presentado porque éste no ha tenido en cuenta todos los detalles del caso. Tampoco he hecho las correspondientes citas bibliográficas. No por que todo lo que a continuación se dice es una original creación del autor (el que suscribe se ha dedi-

Nacionalismo y nación son un invento. Como cualquier otra ideología o cosmovisión humana. Pero no necesariamente ello implica que sea un mal invento, o un invento peor que los demás.

Punto de partida

La nación no es algo que exista por sí mismo. La nación es una construcción subjetiva. Es un producto del nacionalismo, de la voluntad nacional o nacionalista de decidir y querer ser una nación. El nacionalismo, pues, precede a la nación. Que la nación sea una construcción artificial, el resultado de una invención humana, no debe llevarnos a considerar a ambos -creador/nacionalismo, criatura/nación- como falsos o engañosos productos de la mente. Nacionalismo y nación son un invento. Como cualquier otra ideología o cosmovisión humana. Pero no necesariamente ello implica que sea un mal invento, o un invento peor que los demás.

En el origen estaba el Estado

Históricamente el nacionalismo surge porque con la caída del Antiguo Régimen quiebran los sistemas de lealtad existentes hasta el momento. Eso quiere decir que el nacionalismo es, en origen, una ideología que surge desde el Estado. El Estado necesita ser obedecido. Recordemos. La construcción de los nuevos Estados liberales del siglo XIX supuso la necesidad por parte de los nuevos poderes políticos de construir un nuevo sistema de lealtades. El Estado tiene que establecer normas y sus mandatos deben ser obedecidos. Que las autoridades políticas fuesen elegidas era una condición adecuada pero no suficiente para obtener esa obediencia. Era necesario que los ciudadanos se percibiesen como miembros de una comunidad, cohesionados por sentirse depositarios, partícipes y mantenedores de un patrimonio -lengua, cultura, etc.-, y futuro colectivo común. Patrimonio y destino que se perciben como benéficos para la comunidad y patrimonio, y destino que se considera que sólo es posible mantener en la medida que el Estado vele por su permanencia y, en su caso, tome las medidas necesarias para su plena expansión. En un escenario así descrito, el individuo:

- Se siente unido a los demás; participa junto con ellos en unos rasgos, prácticas y creencias de una comunidad.
- Se siente a gusto reconociéndose y siendo reconocido en y por los demás.
- Siente que el Estado debe ser obedecido no sólo por las normas directamente dirigidas a mantener y preservar los lazos comunitarios si no, sobre todo, por que cree que si cada uno hiciese lo que le viene en gana y sólo obedeciese cuando la orden le resulte apetecible (cuando ello le compensase de una forma individual e intrasferible) la comunidad, no en sus rasgos diferenciadores, sino en su razón de ser mas profunda (existe una comunidad cuando sus miembros, aunque sea con escasa intensidad, viven como propios los actos u omisiones de los demás) dejaría de existir.

cado sobre todo a poner en orden otros textos) si no, mas bien, para evitar cortes y rupturas en la lectura. En todo caso me permito sugerir, para una mejor comprensión del fenómeno nacionalista en general, los trabajos de Gellner, Anderson, Smith, Keeatig, Breully, Hobsbawn y Taylor (siete autores como las siete notas de nuestro análisis)

A lo largo del siglo pasado en Francia, en Alemania, en Italia y en España el Estado trató de convencer a sus súbditos de que ya eran ciudadanos, además, ciudadanos de una nación. De una nación definida por su territorio, su historia y su lengua. El Estado estableció la auténtica historia de ese territorio (y la que no era historia nacional dejó de existir), una sola bandera, un solo modelo -y contenido- educativo e impuso una lengua unificada. El Estado pretendió convencer a sus súbditos de que todos eran miembros de una gran familia unida en la que ya no había lugar para localismos y dialectos y en la que él, el Estado, era el padre, por lo que había que obedecerle. Así, el discurso nacionalista tiene, desde el Estado una función cohesionadora. Trata de combatir la fragmentación de lealtades provenientes de la crisis del Antiguo Régimen. Y trata hoy de combatir el discurso atomizador de la postmodernidad. Y por lo que parece, hoy por hoy, es el único que ha demostrado tener cierta eficacia.

Pero también la sociedad dice algo al respecto

A lo largo de los dos últimos siglos, el discurso nacionalista se ha canalizado desde la sociedad, básicamente, de dos maneras.

- a) En muchos casos, determinados grupos de un territorio asumen el mensaje nacionalista del Estado. Y ello no por que disfruten obedeciendo, si no porque se identifican naturalmente con la comunidad nacional propuesta por ese Estado. La nación-familia que les propone el Estado coincide en el idioma, en las historias, etc. con la de su entorno humano más cercano. Es más, dichos grupos acogen con entusiasmo el discurso nacionalista del poder político. Porque en él encuentran consuelo de su desorientación y soledad y, especialmente, porque comprueban que las costumbres locales, los rasgos étnicos de su percibida como pequeña o limitada comunidad han sido elevados por el Estado a la categoría de nación.
- B) Sin embargo, el caso más conocido (no por ser más frecuente, sino por ser más conflictivo) es el contrario. Otros grupos rechazan la nación propuesta por el Estado, definen otra comunidad nacional a la que manifiestan su exclusiva lealtad y exigen tener su propio Estado para defender y desarrollar los rasgos de su nueva nación. Habitualmente estos movimientos nacionalistas, estas respuestas sociales al nacionalismo de los Estados, provienen del fracaso del previo intento unificador del Estado. Por un lado, el grupo que se da cuenta que tiene unas características étnicas distintas a las decretadas por el Estado como las únicas nacionales vive la imposición como un agresión, y, por otro, el Estado, por diversas causas que ahora no tenemos espacio para analizar, es incapaz de implantar establemente en dicho grupo sus proyectos y prácticas nacionales. El resultado es que el grupo potencialmente disidente, en cuanto que es capaz de resistir con éxito la ofensiva nacional del Estado, puede extender un mensaje nacional alternativo. Puede. Es decir, no hay nada predecible ni inevitable en estas respuestas nacionales. Puede que triunfe el contra-discurso. Pero puede que fracase porque, por ejemplo, el Estado compensa la agresión a los rasgos étnicos locales con concesiones de otro tipo (exenciones

La objetiva diferencialidad étnica posibilita la propuesta nacional. Pero sin subjetiva y colectiva voluntad nacional, las diferencias no pasarán de la categoría de folclore.

fiscales, obras públicas, etc.) o porque los rasgos étnicos propuestos por el grupo como propios no tengan excesiva entidad, no sean demasiado creíbles y, menos todavía, entusiasmadores.² A veces esa voluntad colectiva nacionalista funciona y a veces no.

La última afirmación nos lleva a un viejo debate sobre la objetividad o subjetividad del nacionalismo y la nación resultante. Hoy en día es evidente el carácter mixto de este fenómeno. El discurso parte de la preexistencia de determinados elementos objetivos diferentes (lengua, religión, historia, etc.); puede ser que sólo exista un rasgo diferente, pero alguno tiene que existir. A continuación interviene la voluntad subjetiva. Aquella que otorga a esas diferencias étnicas la categoría de nación. La objetiva diferencialidad étnica posibilita la propuesta nacional. Pero sin subjetiva y colectiva voluntad nacional, las diferencias no pasarán de la categoría de folclore.

De lo dicho hasta ahora podemos extraer dos conclusiones:

- Es un absurdo afirmar que con esta remisión a la subjetividad cualquier pueblecito o barrio podrá ser nación con sólo pedirlo. Es evidente que los grupos que no tengan nada diferente que preservar, ni quieren, ni van a querer ser nación. La gente no es estúpida y no suele optar por el aislamiento a cambio de nada.
- Esta dimensión mixta y aleatoria de la nación impide establecer *rankings* nacionales. Hace imposible establecer comunidades con derechos, o mas derechos que otras, a ser naciones. Porque ¿qué rasgos diferentes dan derecho a una comunidad a afirmar su voluntad nacional?, ¿cuántos rasgos hacen falta para ello? Y, sobre todo, ¿quién es el que otorga la homologación para que la comunidad pueda exigir los atributos de la nación?

Las preguntas no tienen contestación. Hay nación cuando hay voluntad nacional. Y, de hecho, sólo hay voluntad nacional cuando existe alguna preexistente diferencia étnica objetiva. Es evidente que subrayar esta dimensión subjetiva (no puede ser de otra manera) posibilita la multiplicación de las naciones. Pero, en principio, no está claro que cuantas menos naciones existan, mejor.

Aunque siempre se vuelve al Estado

Recordemos cómo al principio decíamos que las naciones con Estado sienten que éste es necesario para preservar la comunidad. Pero en las comunidades que rechazan el Estado existente, y que afirman su voluntad nacional, es decir en las naciones sin Estado, también aparece siempre esa exigencia de entidad estatal. Esta es una característica central del nacionalismo. Precisemos. Estamos hablando del nacionalismo realmente existente. Quizás fuese más enriquecedor para el individuo, más alternativo, que las reivindicaciones de defensa o desarrollo de la identidad colectiva -cultural, lingüística, etc.- de un pueblo no conllevasen siempre la exigencia de autogobierno, de poder político propio. Pero la realidad no es así. No hay nacionalismo cultural. El nacionalismo es siempre una demanda de poder político.

² Obsérvese cómo la opción nacionalista no es sólo puro sentimiento. También tiene su enfoque utilitario. Defiendo mi nación a no ser que el Estado de los "otros" me dé más que lo que previsiblemente me dé "mi" futuro Estado.

Y es así por dos razones. Porque existe un actitud mimética de los nacionalismos que se pretenden separar respecto a los Estados que no les dejan separarse. El Estado central ejerce una fascinación infinita sobre sus opositores nacionales. Le odian, pero, al mismo tiempo, desean ser como él, o más exactamente, tener el mismo poder que él. Mimetismo y también inevitabilidad. Si los Estados existentes dimitiesen de sus poderes, se podría exigir que los demandadores de nuevos Estados desistiesen de sus obsesiones estatalizantes. Pero como ello no ocurre, no parece demasiado justo exigirles tal renuncia.

Recapitulemos. La doctrina nacionalista afirma que la auténtica felicidad del ser humano, y aún su libertad, está en su vivencia de la comunidad nacional, en sentirse miembro de una comunidad con rasgos propios y específicos, en la emoción de sentirse reconocido en la diferencia. La doctrina nacionalista afirma que esa diferencia, ese particular patrimonio nacional, sólo puede ser preservado con un poder político propio. Por eso exige el autogobierno. Pudiera ser que no tenga razón, que no haga falta un Estado con todos sus atributos coactivos para garantizar la supervivencia de una cultura nacional. Pero, en cualquier caso, esta incertidumbre es de aplicación a todos los Estados realmente existentes.

Un tercero en discordia

En esta relación -de arriba abajo y de abajo arriba- entre Estado y sociedad (o comunidad étnica preexistente) existe un tercer actor: las elites, las vanguardias nacionalistas. Afirmar que las elites lideran, dan forma y canalizan las demandas nacionales no constituye ninguna especialidad de la ideología, de los movimientos nacionalistas. Todos los movimientos, todas las ideologías lo hacen. Es lo normal.

El problema se presenta si consideramos, como lo hacen algunos estudiosos del nacionalismo, que, en el fondo, el nacionalismo surge cuando determinados sectores de la población son ideológicamente manipulados por unas elites, cuyo único objetivo es lograr un poder político que les resulta imposible alcanzar en el gobierno central. Estas concepciones maquiavélicas de la historia y del mundo son muy consoladoras, pero tienen una pequeña pega. Habitualmente son falsas. No es falso, por supuesto, que existan sinvergüenzas dispuestos a hacer lo que sea con tal de obtener más poder personal. Pero la cuestión es otra. Se trata de ver si el nacionalismo es una respuesta natural (en el sentido de no forzado, de fluido; lo cual nada tiene que ver con la naturalidad de la nación), a determinadas necesidades, insatisfacciones o agresiones. Si ello es así -y creemos que lo es- no resulta especialmente relevante para nuestro análisis la existencia de un mayor o menor número de aprovechados.

Las contradicciones del nacionalismo

El nacionalismo tiene que tratar de resolver, en muchos casos simultáneamente, exigencias contradictorias. Apuntamos un par de ellas. Por un lado, en su fase inicial, en su momento más original, más afirmativo, tiene que definir la comunidad nacional con rasgos muy precisos. Tiene que quedar muy claro quiénes -y por qué- son sus nacionales, y quiénes no. El nacionalismo tiene fuerza, capacidad de

El nacionalismo, como cualquier otra ideología, tiene el riesgo de sacralizar sus rasgos definitorios hasta el extremo de generar la violencia.

arrastre en la medida que hace una propuesta de diferencia. El nacionalismo difícilmente podrá emocionar si se muestra como indiferente. La gente se apunta al nacionalismo porque le hacen ver que su diferencia es positiva y le hace ser uno de ellos. Le permite pasar del anonimato -del aburrimiento- a ser reconocido como uno de los nuestros. Sin embargo, el nacionalismo, en fases de mayor consolidación -de mayor poder-, tiene que suavizar su discurso excluyente y admitir mayor pluralidad en su seno. Tiene que decir, si realmente quiere crecer, que todos, al margen de sus rasgos étnicos, son, si así lo quieren, miembros de la comunidad nacional. Así, el apoyo a ese proyecto nacionalista puede crecer, aún a riesgo de perder intensidad emotiva, en cuanto se pierden los rasgos de exclusividad. Podemos decir que en el primer caso hay una ganancia cualitativa y un déficit cuantitativo, y en el segundo la relación se invierte.

La segunda contradicción es similar a la anterior. El nacionalismo que rechaza la nación propuesta por el Estado existente argumenta demandando el derecho a que se le reconozca tanto su diferencia como las consecuencias políticas de la misma. Critica al Estado por sus pretensiones uniformizadoras y le exige que tolere la disidencia y aún la separación nacional en su seno. Pero ese mismo nacionalismo, cuando obtenga el poder político, cuando logre la independencia de su nación, reproducirá en su nueva nación las mismas prácticas uniformizadoras respecto a sus minorías étnicas (que seguro que las tiene) que las que ejerció su antiguo y denosado Estado con él. Ahora está en esa fase original, afirmativa, que antes señalábamos y en cierto modo necesita definir de forma tajante su nueva nación. Quizás más tarde pueda flexibilizar, pluralizar la definición. Lo malo es que a lo mejor, para ese momento, sus minorías étnicas ya han desaparecido.

Nacionalismo y violencia

¿Cuándo aparece la violencia en el nacionalismo? Pues por las mismas razones que aparece la violencia en cualquier otra ideología. Porque se sacralizan, se mitifican los rasgos diferenciadores de la comunidad nacional. En unos casos desde una perspectiva ofensiva “es inevitable que las puras y excelsas diferencias de mi comunidad se impongan sobre la artificiales y miserables diferencias de la tuya” y, en otros, desde la opción defensiva, agónica “la muerte de nuestros rasgos identitarios es peor, mas dramática todavía, que la pérdida de la vida individual”. Sin embargo, la cuestión difícil de contestar es otra. ¿Es el nacionalismo una ideología especialmente proclive -o más proclive que otras- a generar esta salvífica violencia? Tan sólo apuntaremos un par de orientaciones para quizás en otro momento tratar de contestar con más conocimiento de causa a esta pregunta.

No creo que exista nada consustancial a la ideología nacionalista que le lleve inevitablemente a ejercer la violencia. El nacionalismo, como cualquier otra ideología, tiene el riesgo de sacralizar sus rasgos definitorios hasta el extremo de generar la violencia.

Estos procesos de sacralización suelen tener como causa determinadas estrategias de poder de las elites. Antes decíamos que las elites no crean el nacionalismo, pero ahora sí decimos que en demasiadas ocasiones las elites, para reforzar o lograr su poder político, presentan la violencia como algo ligado a la superviven-

cia de la nación. Lo cual objetivamente no es cierto porque parece que, en principio, los rasgos y prácticas compartidos de la comunidad nacional que hacen a la gente sentirse felices en ella no necesitan invariablemente de la violencia para sobrevivir. Es decir, la preservación de la comunidad nacional se puede defender -se defiende de hecho-, como cualquier otro proyecto ideológico, por los medios convencionales o no convencionales disponibles. El recurso a la violencia debe calificarse como excepcional.³ Igual que lo calificaríamos -insisto- en otras opciones políticas o sociales.

El nacionalismo tiene futuro

Por su propia lógica y desarrollo interno. Porque hace una oferta de reconocimiento y fraternidad que por el momento ha demostrado tener más calado que otras propuestas comunitarias basadas en otras solidaridades. Sin duda es una comunidad mas imaginada que real (la gente no ve, no conoce a sus supuestamente iguales) pero ello no quiere decir que no sea operativa y saludable, en la medida que la gente se siente cerca de los otros -aunque no sea de todos los otros-, en la medida en que la gente comparte, en la medida en que la gente no se siente sola y hace cosas para los demás. Con los demás.

El nacionalismo ha demostrado tener más resistencia que determinados socialismos; sin duda su concreta víctima, la comunidad del socialismo soviético, no era la auténtica comunidad socialista. Pero de esta última todavía no tenemos noticia y, hasta que se establezca, la comunidad nacionalista puede dar, provisionalmente, un cierto bienestar y consuelo espiritual a sus adherentes.

El nacionalismo crece porque parece ser un buen antídoto contra los aspectos más banales y mas estúpidos de la postmodernidad. Porque frente a la propuesta y práctica postmoderna de infinita, gratuita y angustiosa fragmentación, el nacionalismo opone, con su comunidad de pertenencia, un cálido y razonable invento para sobrevivir.

El nacionalismo crece porque la gente no puede vivir sin hogar. Por que la gente puede decir, y ello es justo, que lo que le interesa, lo que hay que defender, son los derechos universales y hasta puede decir que es un ciudadano del mundo. Pero no puede sentirse miembro activo y solidario de una comunidad mundial. Su hogar tiene que ser más pequeño, menos abstracto, más reconocible. Por eso demanda la comunidad nacional, que, aunque sea todavía demasiado grande, en la práctica le cubre esa necesidad emocional de reconocimiento colectivo.

Y por último, por razones externas. Porque el nacionalismo (nos referimos ahora a los nacionalismos sin Estado) no apoya sus exigencias de reconocimiento nacional y político en una cultura no original y privativa de su discurso y práctica, sino en una cultura que le trasciende, en una cultura hoy universal. En la democracia. El nacionalismo apela a la democracia para exigir que se otorgue a su comunidad nacional el derecho a decidir. A decidir qué quiere ser, cómo quiere gobernar-se, quién quiere que le gobierne. Lo de la autodeterminación no es mucho más

³ Evidentemente no estamos considerando aquí la dimensión ética de la violencia. Porque rechazar todas las violencias políticas -rechazo que este autor comparte- tiene que ver con afirmar que el nacionalismo es una doctrina violenta.

que esa demanda. Por eso la exigencia de ese derecho tiene la democracia a su favor. Porque es democrática. Que sea democrática no quiere decir que sea fácil de resolver. Pero precisar esa dificultad constituye el inicio de otra historia. De otra historia que también merece otra ocasión.